

VENTANA AL CAMPO

*Para el pintor extremeño,
Adelardo Covarsí.*

Yo te he visto en tu estudio recoleto
como monje en su celda de clausura,
en bocetos copiados de Natura,
ir captando el matiz fugaz e inquieto.

En breves manchas, tu pincel, concreto;
ir dejando en la límpida tersura
del lienzo, el perfil de la figura
y arrancarle al paisaje su secreto.

Tus cuadros son ventanas cortijeras
que muestran en sus vanos las praderas,
verdes frondas tejidas como encajes,
las sierras, cunas de los arroyuelos,
y las nubes, los cisnes de los cielos,
reflejando la luz en sus plumajes.

MANUEL MONTERREY



DE ARTE

HEMOS VISTO

EXTREMEÑOS EN LA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

HASTA seis nombres de artistas extremeños hemos registrado, en nuestro cuaderno de notas, de entre los nutridos concurrentes al certamen nacional, y de ellos vamos a dar somera cuenta, ya que así nos lo impone la falta de espacio.

Ante todo, consignemos que si en la Exposición están ausentes los nombres de Hermoso, Covarsí y Pérez Comendador—nuestra trinidad artística actual—, no por ello deja de estar bien representado nuestro carácter en las obras de los expositores, impregnadas de esa paradójica nota de tierna reciedumbre que entraña todo lo auténticamente extremeño.

Siguiendo el orden numeral de las salas del Palacio de Velázquez, en que exponen, encontramos en la XV dos óleos de Antonio Solís Avila: uno que titula «Retrato de don Vicente Solís», padre del artista, y otro llamado «Zagalillos extremeños». El primero nos era conocido, pues fué expuesto en Cáceres (1), pero en la Exposición madrileña, ante el contraste con otros cuadros, el retrato remarca sus sólidos valores propios y gana mucho en los relativos al destacar sobre buen número de los que le rodean, afianzándose su mérito, del que son claves el dibujo recio y certero, fundido con un cromatismo cálido y justo. Ha seguido aquí el artista una técnica que en el retrato «Mi hija», le deparó tercera Medalla en 1948, pero al ser aplicada ahora a un hombre—fondo oscuro y traje negro—parece que se adensa y vigoriza más, adquiriendo el cuadro más sentido de la gravedad y del empaque, con lo que se convierte en una acabada obra de arte. La otra obra es una estampa campesina de dos zagales comiendo frutas; nos gusta el que está de pie, porque en él está todo conseguido: dibujo, color y carácter. La figura del zagal sentado nos parece más rebuscada, más relamida, en contraste, por cierto, con la delineada en el bosquejo que tuvimos ocasión de ver, como estudio previo del cuadro, pues tanto las ropas como la cabeza tenían un realismo y una vitalidad que en el cuadro definitivo empalidecen. No obstante, el óleo, de leve ascendencia murillesca por el tema, tiene sobradas calidades artísticas para constituir una madura obra y la salvedad apuntada por nosotros es hija, precisamente, del gran cariño y de la admiración que sentimos por Solís Avila, al que no podemos hurtar nuestro leal pensamiento.

En la sala XVI, el pintor Julián Pérez Muñoz, presenta «Retrato de mi madre», que ha constituido para nosotros una agradable sor-

(1) Véase ALCANTARA, número 20, página 37.

presa, tanto por la soltura del delineado como por la jugosidad del color; es un cuadro de tonalidades sugestivas y de gran expresividad.

José María Collado Sánchez cuelga en la sala XXI, un retrato al pastel de nuestro colaborador don Enrique Segura, que ya fué expuesto en Badajoz, y que es un rotundo acierto de línea, de colorido y de penetración psicológica.

La sala XXII nos ofrece dos bellas y originales muestras del arte de Felipe Trigo y Seco, con su «Madrid, monumental: Calle de Alcalá», y «Nueva ruta de Andrait (Mallorca)», preciosas vistas, en las que destacamos la sobriedad del toque, sin que queden menguadas ni la captación del ambiente ni la seguridad del trazado.

Los otros dos artistas son escultores y sus realizaciones aparecen en el Palacio de Cristal, del Retiro, donde don José Barragán ofrece un encantador «Retrato de niña», es escayola patinada, con un firme modelado, no exento de ternura, que le hacen sumamente grato. El otro escultor, el emeritense Juan Avalos García-Laborda, tiene ya suficientemente contrastado su mérito, pues ganó tercera Medalla en 1945, y presenta ahora dos bellas obras de serena factura, en la que, dentro de una modernidad de realización, hace una entrañable concepción clásica, de lo que son buena muestra «Soledad», y tal vez más significativamente el grupo escultórico de las dos figuras del «Héroe muerto», suscitadoras de honda emoción estética.

Breves, brevísimos han sido los comentarios, aunque cada uno de los artistas se merecía un estudio más detenido para aquilatar sus obras y que la escasez de espacio nos impide acometer; pero no queremos terminar sin dejar constancia de que la actual Exposición Nacional, si bien no alberga ningún astro de primerísima magnitud—acontecimiento que anualmente se espera de cada una de ellas—encierra una serie de nombres de artistas que han alcanzado un alto grado de perfección, lo que tal vez haga un poco monótono este certamen, en cuanto a la escasa diferencia cualitativa de los expositores, si bien ello es signo del estímulo y madurez logrados por el arte hispánico actual, en el que los artistas extremeños ocupan halagüeñas posiciones.

IV EXPOSICION DE ARTE DE LA O. S. EDUCACION Y DESCANSO, EN CACERES

Cada vez se depura más y más el concurso artístico que entre productores organiza anualmente la Obra Sindical «Educación y Descanso», bajo la acertada e incansablemente entusiasta dirección del señor García-Plata. Cumplen estos certámenes dos finalidades muy de alabar: una, la de ser ocasión para aflorar inquietudes y recoger nuevos valores, y, otra, la de servir de estímulo para un incesante perfeccionamiento; y ambos aspectos se dan en la actual exposición, en la que, pese a la abundancia de obras, el tono general marca un nivel muy halagador, respecto a lo conseguido en años anteriores, lo que es muestra segura de que nuestros artistas van decantando sus realizaciones.

Una gran variedad de obras acoge la exposición, abarcando desde las pinturas, las más numerosas, hasta trabajos manuales, pasando por esculturas, caricaturas, dibujos, fotografías, forjas y tallas, y ello constituye un obstáculo para dedicar a cada sección y a cada artista el comentario que su labor merece, por lo que hemos de limitarnos a reseñar los premios concedidos.

Se han otorgado nueve premios de honor, correspondiendo el primero al caricaturista Burgos Capdevielle, cuya veterana maestría es bien conocida y ofrece constantes pruebas a nuestros lectores en la «Galería de colaboradores», con que se honra nuestra revista; el segundo a Macías Sanz, por unas finas estampas de ambiente extremeño: el tercero a E. Blasco, por sus magníficas tallas y forjas, y los restantes a Ortiz Pizarro, Martín Moreno, Pilar Ercilla, Callejo Sal, Hernández Parra y Luciano Cortés.

En los premios ordinarios se han discernido los galardones de la siguiente forma: *Pintura*.—Primero y segundo premio, a Martínez Terrón y Narbón, al primero, por sus paisajes y al segundo, por su bodegón y cuadros con figuras; estos expositores, en unión de Martín Moreno, son los tres nombres que más vigor y gusto ponen en sus obras. Se concedieron accésits a Cabrera, López Pulido, Hernández y Marín Díaz. *Dibujo*.—Los tres primeros premios han sido otorgados a Martín Jiménez, Marchena y Cortés Muriel y tres accésits a Mediavilla, Gil de Larrazábal y Martín Domínguez. *Escultura*.—Otros tres premios a Cabo Ciudad, Mostazo Plata y Rubio Criado, tres esperanzas en el arte de la espátula y el cincel. *Caricatura*.—A «Tori» y Cerezo el primero y segundo premios, por sus originales visiones de los caricaturizados. *Fotografía*.—Se han dado cuatro premios por este orden de méritos: Breña Plata, Mestre, Gil Alberola y Dómine Carretero. *Trabajos manuales*.—Se concedió un premio a López Jiménez, por los bien realizados barcos veleros que presentó.

Como puede observarse, a través de lo ligeramente reseñado, la labor del Jurado ha estado erizada de dificultades, por la indudable calidad de muchas de las obras presentadas, que acusan una vibración artística en auge que no debemos dejar perder.

EXPOSICION DE DIEGO MULLOR, EN BADAJOZ

En el Salón del Centro Cultural ha expuesto el dibujante Mullor, colaborador artístico de «España», de Tánger, hasta treinta y tres caricaturas de personas conocidas de Badajoz, interpretadas con ritmo original, sin cuidar gran cosa del parecido, pero recobrando matices expresivos de la personalidad de los modelos. También presenta diecisiete dibujos de asuntos varios, en los que campea la seguridad de su factura.

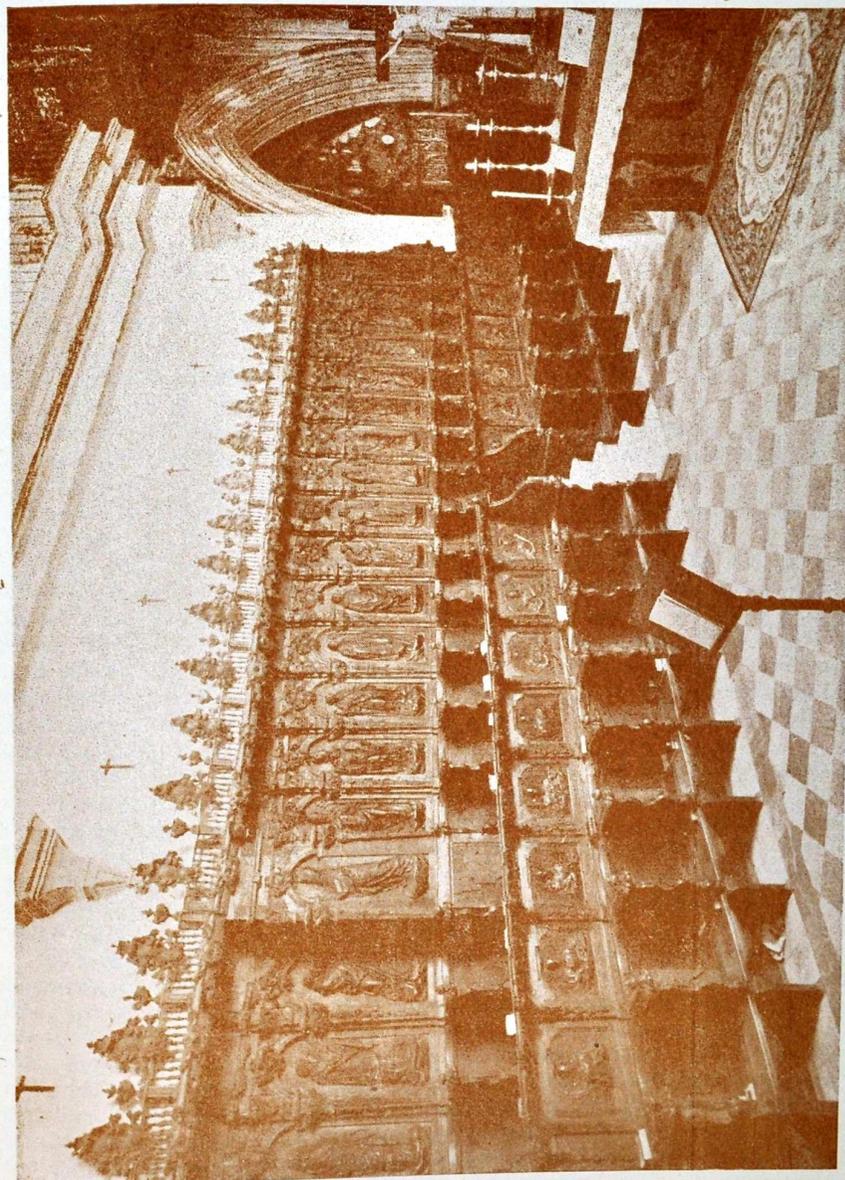
F. B. y B.

EXPOSICION CORRALES EGEA EN MÉRIDA

LA Primavera nos emborracha con sus perfumes y sus gayos colores y nos trae la detonante complejidad de las Exposiciones de Arte. Hoy se clausura—, en este prócer ámbito del Casino Emeritense—, la del pintor Manuel Corrales Egea, canario por su cuna y andaluz por su formación. Viene precedido de un renombre justamente ganado. Tiene hecho un largo y profundo surco en las planas de la Prensa nacional y extranjera, y su nombre ha vibrado con insistencia en la galleante voz de la Radio. Se ha visto encomiado, en letras de molde, por plumas de autoridad tan indiscutible en la materia, como las de José Francés, Cecilio Barberán, José Camón Aznar, Enrique Azcoaga, Ramón D. Faraldo, César González Ruano y Antonio Valencia. Corrales Egea ha expuesto en Barcelona, y repetidas veces en Madrid, siempre con el mas halagüeño resultado, tanto crítico como crematístico. Hoy lo hace aquí, en esta Egregia Mérida, que merece mejores tiempos y mejores formas por su alta alcurnia histórica y su casi virgen potencialidad económica. No es, por tanto, un desconocido que se presenta ante nosotros con la pretensión de «hacer ambiente». Es un artista laureado que rinde el tributo de su arte a la Roma Hispana, en nuestros días. Es un artista joven que, en plena lozanía de la vida, ha merecido ganar el máximo galardón, en la III Exposición Nacional, de Educación y Descanso.

Corrales Egea no milita en un «ismo» determinado, ni se puede decir que esté orientado, totalmente, en el curso y directrices de una escuela definida, dentro de sus complicadas frondosidades. Es cierto que, en su obra, se detecta un sentimiento de angustia que hace barruntar el profundo drama que tortura su alma de artista. Desde este aspecto dramático de sus conceptos estéticos, se le puede considerar ciertamente «existencialista». Esta es la impresión de «prima facie» que se tiene ante la pintura de Corrales Egea. Pues, tan pronto como se analiza su técnica, se hace patente cierto desdibujamiento de la línea, que, aunque no elude las formas concretas, ni trata de reconformar las cosas objetivas, nos permite ver en el pintor una clara influencia del, en buena hora pasado de moda, «Cubismo», que dejó enseñanzas que sería desatinado ignorar. Pues, cuando el artista se evade de la servil atención prestada a la línea escueta, y logra— como Corrales Egea—fundir las tonalidades generales en un todo substancial, consigue dar a sus cuadros ese aspecto de armónico conjunto, casi musical, dentro de la variedad anecdótica, que tan rara vez se encuentra en los maestros clásicos.

En la obra de Corrales Egea, de la época en que ganó la primera medalla, se saborea cierto regusto cezanesco, con perceptibles reso-



ALBUM EXTREMEÑO: Monasterio de Guadalupe: Sillería del Coro. Lado del Evangelio

nancias bodelerianas, que no soy, ni mucho menos, el primero en notar. No en vano la segunda parte de su formación se llevó a cabo en París. No dá a su obra un aire afrancesado que no vá con nuestro gusto ásperamente viril y recto. Hoy, el pintor, está ya de vuelta de todo ésto, y se nota en él una clara tendencia a reintegrarse en el ámbito de lo español y españolista.

Lo asombroso en Corrales Egea no es lo que haya podido aprender de otros, sino lo que, como gran colorista que es, ha sabido intuir. Ignorándolo él mismo, ha recorrido el camino seguido en estos días por la australiana Mollie Paxton, alcanzando jalones más avanzados que ella, a pesar de que es la creadora de la moderna tendencia al uso del color transcendente. El empeño de Mollie Paxton se malogra, porque, desdichadamente, el color puro no se «dá» con frecuencia. Su obra naufraga en un deplorable «colorinismo». Corrales Egea lo logra con su asombrosa paleta millonaria de todas las gamas del gris. El gris no es color. El gris es el resultado de la fusión de todos los colores y, por tanto, la verdadera y única síntesis óptica del Iris. Mientras que en Corrales Egea esto se traduce en un serio propósito de facilitar lo difícil, en Mollie Paxton son tales los rojos, azules y negros de vidriera catedralicia, que se tiene la impresión de que sus trabajos son meras imitaciones de los mosaicos bizantinos.

Con todo ello, vemos que el pintor ha sabido salvarse de las recientes tormentas de «ismos», pero no ha podido por menos que salir a tierra firme, empapado en el vivificador jugo de lo nuevo, que es en realidad el exponente positivo de esas desdichadas escuelas. Y, con todo ello, también, podemos hacer lo que los críticos de arte no han hecho todavía: clasificar a Corrales Egea. Estamos ante un pintor ecléctico-modernista, en el que confluyen las aguas más claras de las corrientes de la pintura moderna.

Los «floreros» que Corrales Egea ha colgado en esta exposición, cautivan por sus valientes tonalidades cromáticas. Su carnosa pinclada en las corolas, contrasta realísticamente con los fondos tratados a espátula. Así es como logra el pintor esas deliciosas transparencias perlúcidas, de las que Pancho Cossío es maestro creador. El efecto de estas composiciones florales es del más grato y elevado valor decorativo.

El bodegón es una de las modalidades del arte pictórico, considerado como «intocable» para el principiante, por los peligros que lleva implícitos su arbitraria y convencional composición, no obstante ser un arte *mediano*, por no decir *menor*. Pero con todo y con eso, el bodegón ha sido la angosta puerta de entrada de Corrales Egea en la consideración pública, oficial y oficiosamente. Verdad es que las «naturalezas muertas» prestan poca ayuda para lograr el triunfo ante el gran público, que, ópticamente, está tan poco educado. El estatismo es poco sugestivo. A pesar de todo, Corrales Egea ha podido consagrarse pintor como bodegonista, y, su principal mérito, estriba en este hecho nada frecuente.

Por otra parte, en sus bodegones no hay ese fácil caminar, tan en

uso, por el trillado camino que Zurbarán abrió—como precursor egregio—. Camino cómodo que recorren todos los que, por carecer de personalidad, se la piden prestada a un humilde fraile guadalupense. En sus bodegones, Corrales Egea hace menos gala de filosofía preciosista que de superabundante facilidad de factura. Su sentido arquitectónico de la composición es tan notable como su instinto de equilibrio entre lo macizo y el vacío; entre lo sólido y lo hueco. Sus bodegones se pueden considerar como logros definitivos. En ellos vemos al pintor pisar terreno firme, seguro. Pero por lo que respecta a la figura, se nota todavía en el pintor ese temor instintivo a la forma humana y animal, típica de sus primeras producciones. Su timidez ante lo dinámico no está curada del todo. Esto se debe a que el artista, en su modestia sincera hasta lo absurdo, se ignora a sí mismo; no quiere reconocer su propia aptitud para esta clase de labor pictórica. Pero los diez retratos que ha colgado en esta exposición son la mejor prueba de su preparación eficiente para esta tarea. Nosotros, desde estas líneas, le urgimos para que busque sus propias dimensiones, cultivando de lleno las ramas mayores. Tenemos la seguridad de que continuará logrando los mismos sucesos que ha tenido, antes con su pintura estática, y, hoy, con su espléndida colección de retratos, en el «Emeritense». Pues nos consta que se trata de un verdadero artista, sin ningún género de dudas, mal que le pese a aquellos que sistemáticamente rechazan toda pintura que no rinde culto a la banalidad de lo fácilmente bello, de lo intranscendentemente suculento a los ojos, y motejan despectivamente de *modernista* a todo lo que se escapa a su comprensión enana.

FRANCISCO DE AREVALO



NOCTURNO

AYER

¿Habéis visto en la noche misteriosa,
tranquila, silenciosa...,
de clara luna entre argentadas nubes,
de un ciprés la silueta
erguida, oscura, que hacia el cenit sube,
avanzado vigía del Planeta?

Ni un ruido turba el estival encanto,
bajo el misterio del nocturno manto...
Quieta la fronda en el jardín silente,
solo el murmullo de invisible fuente,
tímido se oye, cual discreto llanto...

La brisa se ha dormido en la enramada,
y entre las sombras del bosque espeso,
la luna plateada
filtra un rayo de luz y pone un beso
en el nido de amores
que tejieron amantes ruiseñores...

.....
Todo es silencio en el vergel florido...
Duermen las aves en el tibio nido...
Y es la enhiesta silueta, centinela
que el sueño agosto de los campos vela.

A la orilla del lago, en los cristales
de sus aguas dormidas, se retrata
un grupo de frutales.

Cae una poma en la bruñida plata...
Quiebra, en un beso, el cristalino espejo...
Tiembla la linfa en circulares ondas,
que lanzan, ensanchándose a lo lejos,
destellos en la sombra...

Lentamente, sosiségase y allana
la inquieta superficie; sus cristales,
soldándose, reflejan los cendales
que visten a Diana...

.....
¡Vuelve el silencio a recobrar su imperio.
Ni una voz turba el estival encanto